

El valor de la fe

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El domingo 19 de julio de 1936 Marías y su futura esposa Lolita acudieron, según costumbre, a misa de ocho y cuarto. A la salida comprobaron desolados que el aspecto de Madrid había cambiado: violencias en todas partes, registros, detenciones, asesinatos, inseguridad total. Al darse cuenta de que comenzaba una guerra civil —cuyas consecuencias fueron nefastas para Marías—, éste pensó con su habitual clarividencia: “¡Señor, qué exageración! Tendremos que elegir entre una Iglesia perseguida y una Iglesia profanada!”.

El máximo filósofo español —profundamente creyente— ha tenido que sufrir tan duras

pruebas contra su fe que el haber permanecido en ella constituye una virtud heroica. Es particularmente admirable el valor religioso de Julián Marías y que se haya mantenido dentro de la Iglesia Católica con absoluta libertad, valentía, coraje e independencia personales, sin el amparo de ninguna bandería, habiendo sufrido el ataque del sector clerical más reaccionario.

A punto de acabar la guerra, por las calles de Madrid, Lolita lloraba junto a Julián Marías. Ella, al recordar sus sufrimientos y a su hermano muerto, temía que les esperaran horas más amargas todavía. Hubo un motivo de alegría: los templos volvieron a abrirse y se

reanudó el culto (habían estado cerrados, cuando no destruidos, desde el 20 de julio de 1936, al día siguiente de la misa antedicha). Sin embargo Marías percibía sombras, tan admirablemente descritas por él en *Una vida presente (Memorias)* que es necesario reproducir su texto íntegro:

“No se podía pedir a la Iglesia que estuviese a favor de la República durante una guerra en que fue absolutamente perseguida, con millares de asesinatos, sin posibilidad de ejercicio de su ministerio; pero de esto no se seguía que estuviese a favor del otro bando, donde se cometían atropellos y crímenes muy comparables. No me parecía aceptable la clara adscripción, con mínimas excepciones y no públicas, la ausencia casi total de crítica, la aprobación y el elogio de cuanto hacía el nuevo régimen. El obispo de Madrid-Alcalá, D. Leopoldo Eijo y Garay, publicó una pastoral — guardo la primera edición, de *Frentes y Hospitales*— que me produjo consternación. No veía al pastor por ninguna parte. Y no fue el único caso. Se rezaba por *los caídos por Dios y por España*, lo cual significaba en el lado vencedor, no por *los muertos de la guerra*; y si juzgaban que los del bando republicano eran peores, más falta les hacía. Fueron muchos los que se apartaron de las iglesias, y aun de la práctica de la religión, por el ejemplo de partidismo que dieron muchos sacerdotes y religiosos. Yo no participé de esta actitud: me interesaba la religión, fuese cual fuese la actitud de sus ministros; creía que la eficacia de los sacramentos era *ex opere operato*, y no iba a renunciar a recibirlos, aunque tuviese objeciones contra los que los administraban. *Que se vayan ellos*, dije alguna vez cuando me justificaban algunos amigos su apartamiento por las palabras que oían en las iglesias”.

Cuenta Marías que en ese momento a Hitler y Mussolini se los consideraba como “salvadores de la civilización occidental”, y que incluso había piadosas señoras que tenían el retrato de

Hitler junto a la imagen de la Virgen del Pilar. La encíclica de Pío XI contra los errores y peligros del nacionalsocialismo estuvo prohibida en España. “Lo más penoso para mí —recuerda Marías— era la supresión de la espontaneidad, primero de un signo y después del otro. Lo personal o lo estrictamente social estaban sustituidos por consignas, normas, imposiciones. Siempre me resistí a ello, no permití que mi vida se contaminara de lo que otros querían hacer de ella. He tenido clara conciencia de que mi vida puede ser muy poca cosa, acaso sin gran interés, pero que tiene que ser *mía*: gestos, palabras, opiniones, ideas. Si no, las cosas no valen la pena. Me agobiaba, antes y entonces, la falta de respeto a la verdad; más aún, la hostilidad hacia ella. Una densa costra de mentira cubría España desde 1936; ahora se le daba otra capa, de distinto color, pero la realidad quedaba nuevamente encubierta. Esto me inspiraba viva repugnancia; pero además comprendía que significaba la cerrazón del horizonte, más que ninguna otra cosa; el principio evangélico *la verdad os hará libres* ha sido siempre para mí de una evidencia deslumbradora y que me ha provocado permanente entusiasmo”.

Tras la guerra civil, un amigo y compañero de Instituto y Universidad traicionó por envidia a Julián Marías: dedicado a una campaña contra él, movilizó a un profesor de reconocido fanatismo para que firmase una denuncia que tuviera más valor que la suya. El 15 de mayo de 1939 arrestaron a Julián Marías y lo condujeron a un insalubre sótano, deprimente, habitado por un centenar de hombres, que tenían que dormir en el suelo, sin apenas espacio. Sufrió otros traslados. Conoció a prisioneros hundidos, desmoralizados, desesperados. Julián Marías los animaba, les levantaba la moral. A los pocos días lo llevaron a una prisión situada en la calle de Santa Engracia 134 (hoy 140). Los domingos formaban en el patio para oír la misa. El capellán predicaba dando por supuesto que todos eran unos indeseables. Un día su sermón

versó sobre la superioridad de la infantería española o la alemana. Al siguiente domingo, revestido de casulla, junto al altar, dijo levantando el brazo al estilo fascista: “Algunos preguntan por qué los sacerdotes levantamos el brazo. Os lo voy a decir: porque nos da la gana”.

Es curioso que varios años después el sacerdote aquel visitó a Julián Marías en su casa, en compañía de un carmelita, para proponerle formar parte de un aula de teología que parecía se iba a organizar en el Ateneo. Marías, después de manifestar que no era teólogo y que no deseaba formar parte de nada, al despedirse le dijo: “Yo lo he conocido hace algunos años, en Santa Engracia 134”. El sacerdote no caía en la cuenta y le preguntó: “¿Vivía usted allí?”. Marías contestó: “Sí; una temporada”. Entonces ese cura recordó y se puso lívido.

Cuando salió de la cárcel —muerta su madre; en delicado estado de salud su padre— le fue imposible recibir ayuda de sus maestros y amigos porque no estaban disponibles: Ortega en el exilio; Morente en un monasterio; Zubiri en París; Gaos en México; Besteiro en prisión, adonde le hizo llegar un ejemplar del libro *Jesus Christus*, del teólogo alemán Karl Adam, que estaría en las manos del prisionero hasta su muerte, ocurrida después de empezar a traducirlo. Marías, calificado como “enemigo del régimen”, encontraba todas las puertas cerradas. Tenía, eso sí, un puñado de amigos leales y, por supuesto, a Lolita, que había hecho valiosas gestiones para que se salvara de la cárcel y quizá de un desenlace que hubiera podido suponer la ejecución. Tenía también, como él escribe, “una fe religiosa, ciertamente puesta a prueba por unos y por otros, pero que era capaz de distinguir de todas las adulteraciones”.

Como, antes de la guerra, había obtenido Sobresaliente en los exámenes de Licenciatura y no tenía dinero para el título, se presentó a las

pruebas para obtener el Premio Extraordinario, convocado en 1939, cuya retribución consistía precisamente en recibir ese título gratis. Cuando estaba terminando la prueba, los falangistas prohibieron al rector que se le concediera el premio. Pero Morente y Zaragüeta hicieron público el fallo de la concesión del premio a Julián Marías. Al día siguiente, sin embargo, se vetó la lectura de su nombre. Desde entonces, cada vez que Marías hiciera algo que rozara lo público, se lanzaban sobre él con saña.

En agosto de 1939 se produjo el inicio de la cooperación entre la Alemania nacionalsocialista y la Unión Soviética. Marías pensó: “todo va a ser más difícil, pero las cosas están claras; ya están juntos los que debían estar juntos”. La opinión oficial española era, por supuesto, absolutamente favorable a Hitler. Escribe Julián Marías que “la propaganda alemana, dócilmente secundada por el régimen español, era abrumadora. Se ocultaba todo lo negativo de Alemania, por ejemplo la persecución religiosa, incluso a los católicos; conseguí un libro inglés sobre ello, con materiales riquísimos, que no dejaba la menor duda. Hitler era el salvador de la cristiandad (!), de la civilización occidental, fiel amigo de España, etc... Los periódicos y las radios extremaban estas actitudes, sobre todo *Arriba*, *Informaciones* y *El Alcázar*... Buena parte de las personas más caracterizadas política o culturalmente en España sentían entusiasmo — nada menos— por la Alemania nacionalsocialista y por la persona de Hitler. Los nombres de sus colaboradores, Goering, Goebbels, von Ribbentrop, Himmler, eran famosos. Himmler hizo un viaje triunfal por España, y fue recibido bajo palio en Montserrat”.

La vocación vivísima de Marías era ser profesor, pero se lo impidieron. El panorama intelectual y literario era desalentador, con la depuración de Universidades y centros de enseñanza. Lo que contaba para los

nombramientos de profesores era la *adhesión al régimen*, que había que probar documentalmente para acceder a las cátedras. “Por supuesto, se perdió la libertad de cátedra, y los obispos estaban autorizados a la inspección de cursos y libros. En Filosofía imperó el más estrecho escolasticismo, casi siempre de segunda mano... Normalmente Zubiri hubiese vuelto a su cátedra de Historia de la Filosofía, pero el obispo de Madrid, Leopoldo Eijo y Garay, se encargó de que no fuese así... Se produjo un fenómeno de considerables consecuencias. La filosofía estaba mirada con singular desconfianza, sobre todo porque los eclesiásticos que participaban del poder, sobre todo en Educación (*Monasterio* de Educación Nacional, se decía), odiaban a Ortega y toda su prole, y en general a todos los filósofos de la Edad Moderna. Si no se aceptaba, al menos extremadamente, el escolasticismo, no había manera de abrirse camino... Ortega era mirado con hostilidad, especialmente por los clericales, era la *bestia negra* del régimen”.

Un 14 de agosto Marías contrajo matrimonio con Lolita. Morente los casó en latín, con la viva complacencia de ambos contrayentes, expertos en dicha lengua (a Marías, por cierto, muy conocedor de la Liturgia, le encanta la misa en latín y se lamenta de la pésima traducción española actual). “Conviene añadir —escribe Marías en sus Memorias— que teníamos los dos un fuerte sentido sacramental del matrimonio, cosa infrecuente aun entre personas religiosas”. El primer *mueble* de su casa fue una excelente copia de la Anunciación de Fra Angélico, del Prado, que fue pintado para ellos por el poco dinero que podían pagar. “Para Lolita ese cuadro era símbolo de muchas cosas, y nos ha acompañado siempre”.

Marías decidió hacer la tesis doctoral (sobre el padre Gratry), y cuando la tenía muy avanzada le llegaron noticias de que los que en la Universidad representaban el régimen estaban dispuestos a que no pasara. Entre los miembros

del tribunal que analizó la tesis se encontraba el padre Manuel Barbado Viejo, dominico, el gran personaje de la filosofía oficial de entonces. El 13 de enero de 1942 tuvo lugar la defensa de dicha tesis, que para Morente era la mejor que recordaba en muchos años en la Facultad, pero pasó algo que nunca había ocurrido en la Universidad. Dejemos que lo cuente el propio Marías: “Nada de académico tuvo aquello; el tribunal parecía más bien el de una *cheka*. Salvo Morente, desplegaron una insólita agresividad contra la tesis y, todavía más, ¡contra el P. Gratry! En un momento, Yela gritó: *¡Lo odio, lo odio!* Morente respondió calmadamente: *¿A quién odia usted, Sr. Yela, al doctorando?* Contestó: *¡Al Padre Gratry!* Morente le pidió que se calmara, pero Yela contestó: *No, la filosofía es orgiasmo, y si no, no es nada.* Apenas hubo objeciones de contenido. Morente hizo un gran elogio de la tesis. Reunido el tribunal para deliberar, declararon que la tesis debía ser suspendida. *¿Quieren ustedes decir, preguntó Morente, que sea devuelta?* *No*, respondieron, *que sea calificada de suspenso.* Dijo Morente: *Será con mi voto en contra*, y salió con gesto de indignación. Me entregaron la papeleta, firmada por García Hoz; decía: *Suspenso (con el voto en contra del Sr. Morente).* En la papeleta puede leerse, impreso: *Las calificaciones serán Sobresaliente o Aprobado*”.

Marías, desde su adolescencia, sintió una gran atracción hacia Unamuno. No estaba de acuerdo con muchas de sus ideas, que le parecían insuficientes, pero tenía la necesidad de llegar a comprenderlo. Le interesaba su actitud religiosa. En 1942 escribe su libro *Miguel de Unamuno*, pero éste era mal visto “especialmente en ambientes eclesiásticos muy cerrados e incomprensivos, incapaces de ver la significación religiosa, incluso cristiana, de Unamuno”. Como un diario publicó una crítica bastante elogiosa del libro, el padre Augurio Salgado, profesor de Comillas escribió una carta enteramente

feroz: “indignado de que se pudiera elogiar tal libro sobre tal autor, amenazaba con hacer intervenir a las autoridades *eclesiásticas, civiles y militares* si algo análogo se repetía”.

En 1954 invitaron a Marías a que diera una conferencia en Bilbao; decidió hablar sobre Unamuno, justo después de que el obispo de Canarias, Pildain, publicara una pastoral contra el escritor vasco. Dicho obispo Pildain, antiguo diputado de la minoría vasconavarra en las Cortes Constituyentes de la República, era hombre “de extremada cerrazón (le llamaban *Gildain* por haber prohibido la película *Gilda*); y para él había dos *bestias negras*: Galdós y Unamuno. Acababa de publicar una pastoral, tan poco inteligente como injusta, titulada algo así: *Unamuno, hereje máximo y maestro de herejes*”. Marías dio su conferencia, como siempre sin leer. “Pero al final, se levantó un jesuita famoso en Bilbao, el Padre José Julio, y extrajo de un bolsillo, escrita a máquina ¡la refutación de mi conferencia!”.

En junio de 1964, la víspera de volar a Las Palmas de Gran Canaria, Marías y Lolita regresaron, después de una cena, a su casa. Encontraron una nota de su hijo Fernando, que decía: “Despiértame a la hora que sea. Ha llamado el obispo insular de Canarias. Es muy importante”. A las ocho de la mañana del día siguiente llamaba a Marías el obispo, “que era Pildain, autor de aquella pastoral contra Unamuno, que había prohibido la película *Gilda*, bien conocido por su intolerancia. Me dijo que no podía ir a Canarias a hablar de Galdós, aunque me habían invitado *unos intelectualuchos*; que Galdós era un anticlerical inaceptable. Le contesté con cortesía y paciencia que me habían invitado unos intelectuales muy dignos, que había aceptado y aquella misma tarde volaría a Las Palmas; que Galdós era un gran novelista, pieza indispensable para comprender la literatura española, que lo estudiaban todas las Universidades del mundo, incluidas las

católicas; y que él era la única persona que recordaba si Galdós había sido anticlerical; que, por último, el Concilio pedía que se tratara con comprensión a todos, incluso a los no creyentes. El obispo, muy secamente, me respondió: *el Concilio es el Concilio, pero el Código de Derecho Canónico, es el Código*. Lo saludé con buenas maneras y colgué”. Marías viajó a Canarias y dio su conferencia mientras la radio del Obispado no dejó de emitir con gran hostilidad hacia Galdós y Marías.

Respecto a Morente, piensa Marías que su conversión, que lo llevó al sacerdocio, no fue del todo lo afortunada y fecunda que hubiera podido ser: “Morente se excedió en su humildad, creyó que debía hacer rectificaciones —sólo se las debía a Dios—, se puso en las manos del obispo de Madrid, que lo llevó a hacer gestos innecesarios y no verdaderamente propios, que disminuyeron la ejemplaridad de su vuelta al catolicismo... Morente empezaba a sentir irritación por la tosquedad de muchos eclesiásticos; en el Seminario, le repugnaban los manteles de hule, regaló otros y no fueron bien acogidos. ¡Como si la piedad estuviera reñida con el decoro y el buen gusto! También sentía la zafiedad frecuente del estilo. *¡Hablar de ‘el arrimo de la Virgen’!*, me dijo, *¡como si fuera una moza!*”.

Sobre Ortega había habido una antigua campaña contra él, inspirada por los marxistas, paralelamente a los más cerrados clericales. Después de la guerra, “los primeros estaban silenciosos —en España, no en Hispanoamérica—, y los segundos llevaban la voz cantante. Habían aparecido varios libros, de autores jesuitas, en los que no se sabía si era más notable la ignorancia o la tergiversación; estaba en curso una campaña muy orquestada, cuya finalidad era que Ortega fuese incluido en el Índice de libros prohibidos. En las normas católicas de entonces, esto significaba que no era lícito para los católicos, sin motivos justificados o una autorización, leer esos libros;

en el régimen español esto significaba mucho más: la prohibición de que fuesen vendidos — como en las librerías de la Ciudad del Vaticano—, que se pudieran consultar en las bibliotecas, etc. Puede imaginarse el alcance — moral, político e intelectual— que hubiese tenido tal maniobra”. Marías decidió salir al paso de ella y escribió el libro *Ortega y tres antípodas*, publicado en la Argentina. Lolita y sus amigos más cercanos estaban aterrados porque era muy peligroso. Pero gracias al libro de Marías, Ortega no fue incluido en el Índice. Los tres antípodas eran los jesuitas Joaquín Iriarte, José Sánchez Villaseñor y Juan Roig Gironella, que habían publicado libros contra Ortega, a los que se sumó otro del sacerdote secular Juan Saiz Barberá. Más adelante, en 1958, el dominico Santiago Ramírez publicó algunos más, a los que respondió Marías con su obra *El lugar del peligro*.

En una nota al pie de página de la última obra citada recuerda Marías que Ortega hizo una defensa de la Iglesia cuando dijo “yo no soy católico, pero no estoy dispuesto a dejarme imponer por los mascarones de proa de un arcaico anticlericalismo”. Ramírez sólo citaba la mitad de la frase de Ortega. Por eso Marías escribió: “Es decir, que se trataba de una *defensa de la Iglesia*, y para darle más valor, para que no pareciera *defensa propia*, Ortega recordaba no ser personalmente católico. Permítaseme decir que, *como católico*, me repugna indeciblemente ver que una vez y otra se ataca a Ortega con un arma que usó en defensa nuestra, devolviendo, literalmente, mal por bien. No puedo imaginar nada menos conforme con las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo”. Y Ortega tenía sus razones para no ser católico por los malos ejemplos y los ataques que había recibido. Una vez invitaron a Ortega a dar una conferencia en Alemania, organizada por una asociación presidida por un obispo católico, que gentilmente asistió a la misma. Ortega, agradecido y sorprendido por su presencia, dijo graciosamente en alemán:

“Bueno, yo he tenido poco trato con los obispos porque la mayor parte de los obispos españoles muerden”.

El año 1953 resultó particularmente áspero para Julián Marías. Se había recrudecido la hostilidad oficial hacia Ortega, a quien, al cumplir setenta años, Marías ofreció un homenaje con un curso dado por los mejores intelectuales españoles. La reacción negativa no se hizo esperar, que lanzó furibundos ataques. “En *ABC*, el P.E. Guerrero, S.J., publicó una furiosa embestida. Contesté a ella con otro artículo, *El respeto al lector*, que la censura prohibió en su integridad”. Marías envió el artículo al diario *La Nación* de Buenos Aires, que lo publicó. “Una agrupación cuya sigla era C.P.C.R. (Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey o algo así) hizo fotocopias del artículo y las envió caritativamente a ministros, obispos, generales, etc., con un sello que decía: *Lo que no se sabe en España de Julián Marías. Sin comentarios...* Días después, un personaje del régimen... me llamó por teléfono: *Hemos visto lo que ha escrito usted en ‘La Nación’, y le vamos a romper la cara donde lo encontremos.* Contesté: *Eso será si me dejas. Y además no tengo por qué hablar con usted.* Colgué, y no hubo más... La revista *Ateneo*, que estaba en manos del Opus Dei, había publicado un número especial en que, con pretexto de elogiar a Morente, se tergiversaba su figura, se atacaba a Ortega y a casi todo lo que me parecía estimable. La revista de los jesuitas, *Razón y Fe*, no era menos agresiva; el diario *Madrid* la secundó. Yo escribí para la reciente revista *Revista*, que aparecía en Barcelona, un artículo titulado *Dios y el César: unas palabras sobre Morente*”. Este artículo —cuya lectura es interesantísima— se ha reimpresso recientemente en el libro *Sobre el cristianismo*.

Ese año de 1953 Ortega, al cumplir la edad reglamentaria, fue jubilado automáticamente, y su cátedra de Metafísica quedó vacante. El sucesor normal de Ortega en dicha cátedra era

Julián Marías, pero se encargaron de que no fuera así, con lo cual la Universidad sufrió gravísimamente. Si Julián Marías hubiera sido catedrático de Metafísica de la Facultad de Filosofía de Madrid, España entera se habría beneficiado al máximo. “Lo más interesante es que Rafael Calvo Serer había escrito un artículo titulado *La Facultad de Filosofía de Madrid...* Después de hablar de la importancia de la filosofía, y de añadir que el nivel lo da la cátedra de Metafísica, explicaba cómo Ortega se había movido en la órbita de la anterior Metafísica, *salmeroniana, anticristiana y antitradicional*”. Calvo Serer fue nombrado miembro del tribunal de oposiciones. La cátedra fue concedida a Ángel González Álvarez, el primero de los veinte nombres de la lista que confeccionó Calvo Serer.

Una vez muerto Ortega, cuando Marías daba clase en Estados Unidos, recibió un recorte del periódico vallisoletano *El Norte de Castilla*, que le produjo “viva repulsión, porque he leído pocas cosas tan lamentables. Era un artículo de Fray Justo Pérez de Urbel. Titulado *Filósofo y psicopompo*; hablaba de Bergson y de Ortega, recién muerto este último, y era uno de los ataques más llenos de odio que contra él se han escrito; y llegaba a decir —¡un religioso!— que confiaba en que hubiese encontrado las puertas cerradas”.

A la vista de todo lo anterior, puede pensarse que cualquiera —atacado tan duramente por los elementos clericales— se hubiera apartado de la Iglesia. Marías, en cambio, ha tenido la virtud heroica de permanecer en ella. “Que se vayan ellos”, prefiere decir él, a pesar de que ha recibido tentaciones demasiado fuertes. Son ejemplares la bondad de Julián Marías, su sólida fe, su esperanza ilimitada, su caridad tantas veces demostrada (quien esto escribe es uno de los muchos beneficiados por ella). La lectura de sus Memorias, *Una vida presente*, constituye una experiencia absolutamente edificante, y

debería ser obligada no sólo para los católicos y para los españoles, sino para cualquier hombre de buena voluntad. Más aún: seguro que dicha lectura convertirá a muchas personas, como otros libros que a lo largo de la Historia han tenido ese poder.

Lo mismo cabe decir del resto de sus escritos, particularmente de la obra *Sobre el cristianismo*. E igualmente de sus conferencias y cursos, como el que acaba de dar titulado *La perspectiva cristiana*, del que seguramente brotará otro libro, y que es lo más inteligente e innovador que se ha dicho sobre el cristianismo y el catolicismo en particular. Característica destacada de Marías es su solidísima esperanza en la resurrección; se trata del intelectual que más y mejor la tiene presente.

Julián Marías merece, al menos, una petición de perdón, pero más aún un especial reconocimiento futuro por parte de la Iglesia, que beatifica y canoniza a aquellos cristianos que han dado “testimonio preclaro del Reino de los Cielos con el derramamiento de su sangre o con el ejercicio heroico de sus virtudes”. Sé que a Julián Marías no le agradan mucho las beatificaciones y canonizaciones, pero sus virtudes son heroicas, su testimonio es preclaro y ejemplar, digno de ser universalmente conocido, imitado, capaz de inspirar valor, de confortar a personas que atraviesan similares pruebas.

Ese reconocimiento futuro deberá ir unido al de Lolita, su mujer, porque ambos han constituido uno de los mejores ejemplos que pueden darse de santo matrimonio. Quiero acabar este escrito recordando sólo dos episodios. Uno, la muerte del primer hijo de ese matrimonio, Julianín, cuya narración en *Una vida presente* no se puede leer sin emocionarse. Otro está relacionado con las dificultades económicas atravesadas: un día, tras haber hecho una gestión infructuosa para que le pagaran, Marías volvió a su casa y le preguntó a Lolita si tenían

algún dinero: “nada; yo tenía unos céntimos. Aquel día estábamos invitados a almorzar en casa de Marañón. Vestidos con nuestras mejores galas, nos fuimos andando, porque no teníamos dinero para el autobús —para un taxi, ni por soñación—. Nos íbamos riendo, pensando: ¿Y si Belén, que es tan piadosa, nos ofrece unas papeletas para una rifa benéfica? Más triste había sido, cuando la enfermedad mortal de Julianín, haber tenido que pasar por casa de nuestros amigos Margarita y Armando a que me dejaran unas pesetas antes de ir a la farmacia a comprar las medicinas que le habían recetado. Otro día habíamos salido de casa con nuestro caudal completo en el bolsillo, que se elevaba a dos o tres pesetas. Una mujer vieja me pidió un poco de dinero para comprar su ración de pan; se lo di, y los céntimos restantes se los di al primer mendigo que vi”.